

Andragogía: Enseñanza y aprendizaje de adultos con identidad propia

Prof. Yacqueline Tipoldi
Prof. Estela Alem
Prof. Alicia Fripp
Prof. Javier González
Lic. Patricia Banchemo
Mtra. Mónica Zanelli

La palabra "adulto" etimológicamente viene del verbo latino "*adolescere*" que significa crecer, del que se deriva "adultus", su participio pasivo que significa "ya crecido" o "el que ha dejado de crecer". De acuerdo al origen de la palabra, la cualidad que caracteriza esta etapa de la vida es el haber dejado de crecer. No obstante, dado que el ser humano es una unidad bio-psico-social, esta concepción varía si nos referimos al crecimiento en el ámbito físico, psicológico o social, incidiendo en gran medida la época histórica y la sociedad de la cual se haga referencia. Si se toma en cuenta la esfera psicológica y la esfera social, el crecimiento no es fácilmente evidenciable, pudiéndose afirmar que el desarrollo en lo que respecta a estos aspectos continúa a lo largo toda la vida.

Sin embargo es importante destacar que también existen transformaciones (por qué no crecimiento) a nivel biológico dado que, en los últimos años, distintos equipos de investigadores en varias partes del mundo, han confirmado lo que antes era una here-

jía: la existencia de neurogénesis postnatal durante todas las etapas de la vida en el sistema nervioso central de vertebrados, incluidos los primates y entre ellos el hombre. Estas afirmaciones en un principio no fueron fácilmente aceptadas, porque rompían con un antiguo dogma, acerca de que el sistema nervioso central carecía de mecanismos de reparación neuronal y que en los animales adultos las neuronas solo podían morir y nunca generarse, tanto si esa muerte era producto de una lesión traumática o producto de una patología neurodegenerativa.

En 1914 Santiago Ramón y Cajal, en un período bastante pesimista de su vida, decía con respecto al sistema nervioso adulto: "*Todo puede morir, nada renacer*"; aunque en otras ocasiones no fue tan categórico y dejó entrever una posición más esperanzadora (Trujillo et col., 2002)

Esta aparente desventaja evolutiva de la especie humana se explicaba hasta hace muy pocos años, por medio de la necesidad de

una "estabilidad anatómica" de todos los órganos nerviosos adultos, especialmente del cerebro, lo que permitiría la conservación de memorias y pensamientos (Rakic, 1985). En este sentido, cada vez que se conseguía ver células en división, se daba por hecho de que eran células precursoras gliales y no precursoras neuronales.

En la década de 1960, Joseph Altman advirtió que en cerebros de mamíferos adultos (en principio ratas y cobayos inducidos por lesiones) aparecían nuevas neuronas (Altman, 1962) pero este hallazgo no fue, en ese momento, para nada concluyente. A finales de la década de 1970 y principios de 1980, surgieron algunos trabajos que indicaban que algunas de estas células hacían contactos sinápticos.

Peter S. Eriksson, aplicando un marcador (BrdU) como método de diagnóstico en pacientes adultos con cáncer, con el objetivo de identificar células que se multiplicaban activamente en la proliferación tumoral, observó células marcadas post-mortem en el hipocampo cerebral de cinco personas adultas fallecidas de cáncer, llegando a la conclusión inequívoca que se trataba de neuronas en división (Eriksson et al, 1998).

En los últimos años con el desarrollo de las técnicas de inmunocitoquímica que han revolucionado todos los campos de la biología, se ha conseguido identificar centenares de células precursoras neuronales en división, lo que indicaría que el sistema nervioso adulto estimulado, continúa creciendo y haciendo conexiones a lo largo de toda la vida, incluso en edades muy avanzadas.

De acuerdo a las anteriores consideraciones, el determinar una persona como "adulto" resulta un trabajo más esquivo de lo que en primera instancia se podría suponer, dado que depende de las distintas culturas,

del momento y del espacio donde se esté ubicado. Por esa indeterminación inherente al concepto de adulto, en 1976, en la Conferencia de la UNESCO en Nairobi, se estableció un criterio aplicable en forma general, expresándose que independientemente de la edad y de la cultura, se tomarían como adultas aquellas personas "*consideradas como adultos por la sociedad a la que pertenecen*" (Sanz, 2016).

Más allá de las investigaciones, la educación de adultos es tan antigua como el hombre, siendo una práctica que se llevó a cabo desde siempre, pudiendo tomar como referencia a destacados maestros como por ejemplo Sócrates y Platón. Sin embargo la denominación de "andragogía" para referirse al campo de las ciencias de educación que se encarga del estudio de la enseñanza de adultos, es más reciente (Álvarez, 1977).

El término andragogía "andragogílik" surgió por primera vez en 1833 utilizado por el maestro alemán Alexander Kapp, para referirse a la práctica educativa que llevaba a cabo Platón cuando enseñaba a sus discípulos. Kapp consideraba que el término "pedagogía" de Juan Federico Herbart (1806), era muy limitante, dado que tanto el niño como el adulto necesitaban de una orientación y una metodología apropiada a la etapa de maduración que estaban viviendo. Sin embargo como muchos pioneros en la historia, Kapp tenía ideas de avanzada para su época, que en muchos casos no fueron comprendidas.

Más adelante en 1921 reaparece el término con el sociólogo alemán Eugen Rosentock, profesor de la Academia del Trabajo de Frankfurt, el cual afirma que la teoría pedagógica y su metodología no eran aplicables para personas adultas. Establece que las personas adultas tienen que aprender en contextos similares a la vida real y relacionar

los aprendizajes con los desempeños profesionales, oficios y destrezas.

Un hito importante en la historia de la andragogía constituyó el momento en el que se universalizó la educación de adultos a partir de la Segunda Conferencia Mundial de Adultos, celebrada en Montreal y convocada por la UNESCO en 1960 donde se establecieron objetivos comunes entre todos los países intervinientes, aunque tomando en cuenta la contextualización y particularidades de las diferentes localidades y regiones. Allí se establece la necesidad de desarrollar un contenido teórico propio de la educación de adultos, diferenciando y marcando como insuficiente la “pedagogía” para comprender y desarrollar la enseñanza y el aprendizaje en esta etapa de la vida. Pensando en ese sentido se crearon dos Comités Internacionales con el cometido de formular políticas y construir teoría para el desarrollo de la andragogía.

En la década de los setenta surge otro referente Malcom S. Knowles, cuyos aportes a la andragogía lo llevaron a ser considerado como el padre de la Educación para Adultos. Knowles define la andragogía como el arte y ciencia de ayudar a aprender a los adultos (Calivá, 2009).

En la misma década Félix Adam, trabajando en las propuestas curriculares y metodológicas de los adultos universitarios y Roque L. Ludojoski, pensando en las insuficiencias que presenta la pedagogía para analizar e intervenir en la educación de adultos, lideran en Latinoamérica innumerables reflexiones sobre la teoría y práctica de la andragogía (Pérez, 2009)

Lo cierto es que el trayecto de la andragogía desde sus inicios hasta la actualidad donde batalla su lugar como una ciencia de la educación, no fue un recorrido exento de críticas

y argumentos en contra del reconocimiento internacional (Alcalá, 2009). Sin embargo, actualmente, a la luz de las teorías, modelos e investigaciones en este campo del saber, resulta imposible considerar un sistema educativo saludable que no integre la educación de adultos y su especial perfil con respecto a la enseñanza y al aprendizaje, como una parte exclusiva y fundamental del mismo, al menos si tiene como meta fortalecer el desarrollo de la sociedad de la que forma parte (Pérez, 2009).

También las acciones en el campo de la andragogía están ampliando sus fronteras, dado que, si bien en un principio la mayoría de los países se focalizaban solamente en la alfabetización y culminación del ciclo primario, actualmente las rápidas transformaciones culturales que están ocurriendo en las sociedades y su impacto en las personas adultas a nivel personal, familiar, profesional, requieren extender el campo de influencia, robustecer y redirigir las metas y recursos asignados, con el propósito de alcanzar objetivos más ambiciosos. Hoy en día la tendencia en la educación de adultos se inclina a intensificar acciones hacia la culminación de ciclos más avanzados y a brindar una variada gama de propuestas tales como: ciclo básico, bachillerato, formación técnica, formación de recursos humanos para actividades productivas, talleres, formación ciudadana, participación social y constantes intervenciones de actualización que ayuden a acompañar y acompañar los vertiginosos cambios que se están viviendo.

Estos desafíos demandan desarrollar líneas investigación propias, producción de conocimientos y formación de profesionales docentes especializados en estrategias andragógicas, con la finalidad de llegar, construir y entretejer “lazadas”, para que ninguna persona quede fuera de la trama social.

REFERENCIAS

Alcalá, A. (2009). *Andragogía: Ciencia y arte de la educación de personas adultas*. Caracas: Ediciones Especiales de la Dirección de Investigaciones y Postgrado. UNA.

Altman, J. (1962) Are new neurons formed in the brain of adult mammals? *Science* 135: 1127-1128

Alvarez, A. (1977). *Análisis crítico de la Andragogía en base a las Ideas de Knowles, Adam y Savicevic*. Tesis para optar al Título de Doctor. Universidad Nacional Experimental "Simón Rodríguez" Caracas, Venezuela

Calivá, J. (2009). *Manual de capacitación para facilitadores*. San José, C.R.: IICA, 2009.

Corominas, J. y Pascual, J. A. (1984). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.

Eriksson, P. S. et al. (1988). *Nature Med*,4, 1313.

Pérez, S. U. (coord.) (2009). *Modelo Andragógico. Fundamentos*. Ciudad de México: Universidad del Valle de México.

(Sanz,2016).

Rakic, P. (1985). Limits of neurogenesis in primates. *Science* 227:1054–1056.

Trujillo-Cenoz O., Fernández, A., Radmilovich, M. (2002). *Actas de Fisiología*, 8: 55-69.